ALCORES

LA(S)
RESPONSABILIDAD(ES)
DEL
HISTORIADOR
Index

DOSSIER:
The Historian’s Responsibility(ies)
Ignacio Peiró Martín, ed.

Introduction.
Absent does not necessarily Mean Inexistent:
Past and Present Responsibility in Spanish Historiography.
Ignacio Peiró Martín .................................................. 9-26

Responsibility and Irresponsibility of Historical Studies.
A Critical Consideration of the Ethic Dimension of the Historian’s Work.
Jörn Rösen ................................................................. 29-45

The Historian’s Responsibility.
Peter Mandler ............................................................. 47-61

Beyond his trade, the historian in society.
Francisco Javier Caspistegui ......................................... 63-93

A Great Nation’s Disenchantment.
Jean-François Chanet .................................................. 95-101

The Italian Way. The Generous Anachronisms of Italian Patriotism.
Raffaele Romanelli ..................................................... 103-117

Miquel A. Marín Gelabert ............................................. 119-144

VARIA

The Castilian Exhibit of 1859.
Rafael Serrano García .................................................. 149-166

Immigration and Castilian and Leonese Associationism in America.
Juan Andrés Blanco Rodríguez ..................................... 169-206

MAKING HISTORY

Social Catholicism in Castile and León. An Overview.
Enrique Berzal de la Rosa ............................................. 211-232

Documents, Repression, Archives.
Miguel Ángel Jaramillo Guerreira ................................ 235-254

CONTEXT

Ortega y Gasset and Spanish Right Movements.
Pedro Carlos González Cuevas ..................................... 259-287
Índice

DOSSIER:
La(s) Responsabilidad(es) del Historiador
Ignacio Peiró Martín, ed.

Presentación.
"Ausente" no quiere decir inexistente:
La responsabilidad en el pasado y en el presente de la historiografía española.
Ignacio Peiró Martín .................................................. 9-26

Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos.
Una consideración crítica de la dimensión ética en la labor del historiador.
Jörn Rüsen ................................................................. 29-45

La responsabilidad del historiador.
Peter Mandler .............................................................. 47-61

Más allá de su oficio, el historiador en sociedad.
Francisco Javier Caspistegui ........................................ 63-93

El desencanto de la gran nación.
Jean-François Chanet .................................................. 95-101

Hacer a los italianos. Los generosos anacronismos del patriotismo italiano.
Raffaele Romanelli ...................................................... 103-117

Subtítulas Applicandi. El mito en la historiografía española del Franquismo.
Miquel A. Martín Gelabert ............................................. 119-144

VARIA

La exposición castellana de 1859.
Rafael Serrano García .................................................. 149-166

Emigración y asociacionismo castellano y leonés en América.
Juan Andrés Blanco Rodríguez ........................................ 169-206

HACIENDO HISTORIA

Catolicismo social en Castilla y León. Estado de la cuestión.
Enrique Berzal de la Rosa ............................................. 211-232

Documentos, represión y archivos.
Miguel Ángel Jaramillo Guerreira ................................... 235-254

CONTEXTO

Ortega y Gasset y las derechas españolas.
Pedro Carlos González Cuevas ....................................... 259-287
Dossier
La(s) Responsabilidad(es)
del Historiador

Ignacio Peiró Martín, ed.
"Ausente" no quiere decir inexistente:  
La responsabilidad en el pasado y en el presente de la historiografía española.

Ignacio Peiró Martín  
Universidad de Zaragoza

Resumen: El texto esboza un panorama del desarrollo de la profesión de historiador en España en los cien últimos años. En su primera parte, se analizan las vinculaciones de la profesionalización con los conceptos de historia y cultura nacional, señalando las rupturas originadas por la guerra civil y la instauración de la dictadura franquista. En segundo lugar, se abordan algunas de las inercias heredadas que planean sobre nuestra historiografía y se apuntan los efectos provocados dentro de la profesión por la actualización del debate sobre la cuestión nacional. Al final, el contexto internacional de la historiografía sirve de marco para reflexionar acerca de la conexión entre los problemas de la teoría y la práctica histórica de la responsabilidad.

Palabras clave: Historiografía, historiadores, responsabilidad, España.

Abstract: This paper briefly outlines the developmental scope of the historians’ profession in Spain in the latest hundred years. In its first part, it analyzes the links between professionalization and history and national identity concepts, remarkably upon the breaks breaded by the Spanish Civil War and the first establishment of the Francoist Dictatorship. Secondly, it deals with the inheritance inertia suffered by the Spanish current historiography in order to update the debate on the cuestión nacional (national matter). Conclusively, the international context of our historiography is used as a reflection framework on the connection between theoretical problems and the practice of historical responsibility.

Key words: Historiography, historians, responsibility, Spain.
La profesión de historiador en España apenas cuenta con poco más de cien años de historia. Sin embargo, si lo decimos con claridad, a riesgo de alguna simplificación, se trata de un pasado «ausente» y casi «olvidado» por la reciente historiografía profesional. Esta ausencia no sólo debemos entenderla como un reflejo del rechazo de los historiadores españoles contemporáneos respecto a su propia tradición –que nunca ha funcionado como tal–, sino también de las incertidumbres derivadas del presente de la disciplina y el escepticismo conturbado acerca del significado de la profesión. Precisamente por este motivo, he querido aprovechar estas páginas de presentación del dossier, *La(s) responsabilidad(es) del historiador*, para introducir unas pequeñas notas historiográficas que permitan conectar algunas preguntas surgidas de nuestra actualidad más inmediata con las respuestas establecidas por las generaciones que iniciaron su recorrido profesional, a partir de 1900.

Hasta entonces la realidad de la historiografía española se presenta ante nuestros ojos como algo heterogéneo, múltiple, en estratos apretadamente superpuestos. Un mundo de academias, de eruditos pertenecientes a las «clases directoras», de liberales cultivados, políticos monárquicos y conservadores, progresistas y republicanos, responsables de la creación de lo que debía ser la cultura nacional española. La noción que no era única, ni uniforme, abarcaba e incluía desde la «historia nacional» –entendida como la historia de su unidad– y su equivalencia con la historia de la literatura y la lengua castellanas, hasta el amplio cortejo de fenómenos intelectuales y valores morales asociados a la religión católica y los sentimientos patrióticos, al arte o la cultura del recuerdo y la conmemoración1. Una conciencia histórica del pasado nacional y, en definitiva, una «ideología de la nación» que, si bien deberíamos rastrearla en el XVIII, se fue construyendo a lo largo del XIX mediante un complejo proceso de interpenetración entre espacios regionales e internacionales, percepciones burguesas compartidas y culturas políticas contrapuestas, experiencias del pasado más reciente y apasionadas expectativas por el incierto futuro2.

---


La responsabilidad en el pasado: Historia y cultura nacional española.

Cuando a principios del siglo XX se creó la profesión de historiador, los más importantes y brillantes partidarios de la «moderna historia» heredaron de sus precursores las obligaciones «nacionales» resultantes de la representación histórica de España. Sin embargo, los efectos provocados por el trauma de 1898, mezclados con las nuevas exigencias metodológicas de la disciplina, avivaron sus urgencias y les hicieron sentirse diferentes. Vinculada a una concepción progresista de la «política pedagógica», dicha diferencia les llevó a plantearse la cuestión de la función social del historiador y la responsabilidad ética de la historia de variadas formas. Al fin y al cabo, su mirada cosmopolita les había otorgado la posibilidad de conocer la importancia de los valores patrióticos divulgados por sus colegas alemanes, franceses o anglosajones que pensaban la historia como un medio para impulsar la educación política nacional y la regeneración de sus distintos países.

Con todos sus contrastes y rasgos propios, las transferencias culturales relacionadas con la creciente internacionalización de la historiografía española otorgaron a la primera y casi única generación de profesionales del período –la de Ribera, Sales y Ferré, Ibarra, Altamira, Deleito, Menéndez Pidal, Carande, Sánchez Albornoz o Bosch-Gimpera– la suficiente seguridad en su forma de estudiar el pasado para acusar tanto a la historiografía académica anterior como a los historiadores nacionalistas de las regiones. Ajustadas las cuentas con la vieja «historia de partido», de la primera criticaron el patrioterismo y el pesimismo emanado de las «Leyendas de la Historia de España» y sus deficiencias para representar la historia de la nación. Mitoclastas con las elaboraciones que estaban convirtiendo ciertos acontecimientos y ciertos personajes históricos en «historia sagrada» y símbolos identitarios, a los segundos les acusaron de plantear «diferencias antropológicas fundamentales» entre los españoles e intentar «descargarse de responsabilidades históricas quienes creían haber vivido una vida aparte de la mayoría del país y subordinada a éste».

En el espejo del oficio destilar de fábulas y quimeras el pasado se veía como una de las muchas responsabilidades del historiador español serio. Probablemente, con mejor espíritu que eficacia, se creían «científicos» por investigar la «historia objetiva» de España y entenderla en su relación con los objetos locales-regionales como la única forma inteligente de hacer frente a las tentaciones irracionales nacidas del subconsciente de la memoria, de las elaboraciones mitohistóricas que no escapaban a las herencias más primitivas de los individuos y las masas.


5 Mira Elieac explicó que, en las sociedades arcaicas, el mito designa una "historia verdadera", y lo que es más, una historia de inapreciable valor, porque es sagrada, ejemplar y significativa. Mito y realidad, Madrid,
Y seguramente esto fue así, porque el compromiso con la «política de la historia» de esta generación se sustentaba sobre la imagen del historiador como portador indiscutible de la «verdad». Para bien o para mal, todos eran universitarios y la comunidad que estaban construyendo se inventó una definición ideológica propia. Inspirado en el ideal positivista del sabio universitario alemán y fundada en la convicción del poder de la profesión y la verdad de la ciencia, la «política de l’apollitisme», puesta de moda por los profesores franceses del período de entreguerras, atravesó los Pirineos para oponerse a lo arbitrario, a las pasiones mundanas, a quienes predicaban credos políticos y religiosos desde las cátedras. Sobre el papel, esta especie de filosofía de la vida (con su mezcla de ética universitaria y responsabilidad profesional) suponía la creación de un espacio científico autónomo, homogéneo y universalista. Un medio políticamente neutral, sin apenas referencias al mundo exterior en el que las polémicas debían circunscribirse a los campos de trabajo de la disciplina y las concepciones objetivas e impares del conocimiento histórico. Por decirlo de manera aparentemente paradójica, los profesionales españoles del primer tercio del siglo XX intentaron levantar «una isla de ortodoxia en un mar de heterodoxia».

Sin duda, esta clarividente confianza en sí mismos contrasta con la ambigua percepción que se tiene en nuestros días de sus evidencias históricas y juicios morales realizados en nombre de la deontología profesional. Mucho más, cuando sabemos cómo, en la década de 1930, se fracturó el frágil consenso logrado entre aquellos «maestros de la historia nacional». En cualquier caso, las tensiones ideológicas se hubieran quedado en un problema derivado del proceso de institucionalización de la historia universitaria, si al mirar hacia adelante no existiera el fatídico verano de 1936 y un horizonte teñido de sangre en el que las armas del pensamiento fueron tomadas al asalto por las tropas de la irracionalidad y la violencia, convirtiendo la «guerra de ideas en España» en una experiencia abrumadora. Forjada por la desesperada tragedia de la muerte y sellada con el estigma indeleble de los vencidos, en la medida en que los enemigos pasaron a ser los mismos españoles, la imagen de la guerra civil como acontecimiento fundador de la nueva España rompió en pedazos el puzzle de razones históricas y plurales expectativas políticas que, hasta entonces, componían el concepto de cultura nacional española:

«No hay que tomar a ningún pueblo de España —había explicado Pere Bosch-Gimpera—, ni a su cultura, como representante exclusivo del pueblo español o de la cultura española, ni atribuir patentes de heterodoxia a los demás.


7 La cita está recogida del muy crítico y fundamental libro de NOVICK, P.: Ese Noble Sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana, México, Instituto Mora, 1997, I, p. 82.

Alcores 1, 2006, pp. 9-26
La verdadera España se halla todavía en formación y lejos de haberse constituido definitivamente. En la Historia y en los tiempos presentes hay culturas españolas, la «cultura española» está por venir y será la resultante de aquéllas. No sabemos si las más representativas serán unas u otras, las que han florecido ya o las que se despertarán. Pero no será ninguna cultura impuesta, como España no será una zona de dominio para ninguno de sus pueblos o para ninguno de sus grupos de hombres, sino una resultante de una floración natural, de una cooperación espontánea y de una unión cordial y libre.

En medio de la tragedia actual, de la crisis más profunda que han podido vivir nunca nuestros pueblos, creemos en ellos y en España».

La infinita dictadura del «Caudillo» se situó al margen de la historia al persistir de forma continua e incesante en perpetuar la profunda escisión de la idea de España. En tal sentido, el mito las dos Españas que había atravesado el siglo XIX en plumas de escritores, pensadores y poetas, se hizo en el patológico incendio «tiespañol» avivado sin medida por el «españolísimo» Francisco Franco Bahamonde⁸. En la práctica, las nuevas doctrinas que se autopropagaban como esencialmente nacionalistas, convirtieron la «historia nacional» en un principio sacrosanto y una cárcel para el futuro de la nación española¹⁰. Y de la misma manera indecente con que el Nuevo Estado se encargó de engolzar el pasado, de hacer olvidar o impedir tomar conciencia de la muerte de las otras partes de la nación, los historiadores franquistas extendieron el acta de defunción sobre la historiografía anterior tachándola de liberal. De paso, desde la tesis de la exclusión de los «otros», el mito de la Anti-España y la realidad de una España peregrina, arrancó la primera «hora cero» de la memoria profesional de la historiografía española. Como un fenómeno más del holocausto cultural sobre el que se asentó el régimen, la condición de historiador se vio privada de su pasado y de una parte importante de su presente al aplicarle in extenso el milenario y ejemplar castigo propuesto para la «casa matriz» de la Institución Libre de Enseñanza:


⁹ Giovanni Belardelli rastrea el origen internacional de la imagen de las «dos naciones» (utilizada por Jefferson a principios del XIX para Estados Unidos y, más tarde, aplicada a Francia por Thierry, a Gran Bretaña por Distraeli, etc.), para estudiar su desarrollo en Italia desde Mazzini hasta el fascismo, recordando el apelativo de «antitaliano» que, como gran virtud, se le otorgó a Mussolini. «Un italiano contro gli italiani» («Le due Italia», en G. Belardelli, L. Caflina, E. Galli della Loggia y G. Sibatuucci, Miti e storica dell'Italia unita, Bologna, il Mulino, 1999, pp. 53-62). En su versión de historia de los intelectuales españoles, el mito de las dos España lo apunta JULIÁ, S.: Historias de las dos Españas, Madrid, Taurus, 2004.

«Como en los días gloriosos imperiales, podría arrasarse la edificación, sembrar de sal el solar y poner un cartel que recordase a las generaciones futuras la traición de los dueños de aquella casa para con la Patria inmortal».

Esta represión casi total de la profesión acabó con el «tiempo de las escuelas históricas», iniciando el período de la «dictadura de los catedráticos». Una perversa combinación de arbitrariedades políticas, indecentes conductas académicas y solidaridades ideológicas entre los historiadores –desde la pequeña minoría de activos falangistas y convencidos franquistas hasta la mayoría de pragmáticos y siempre sumisos colaboracionistas–, que marcarían el desarrollo socio-profesional del oficio. Invertidos los principios que regían los mecanismos de cooptación universitaria, los historiadores del período configuraron un modelo profesional basado en la heterogeneidad de opiniones, actitudes culturales y comportamientos docentes derivados de la «personalidad» de los catedráticos. Una comunidad regida por los principios del mandarinato y definida por la obsolescencia de su academicismo, cuyas rigideces y jerarquizadas formas exteriores enmascaraban la extraordinaria vacuidad de una profesión regida por las líneas maestras de la sumisión. No hay sino recordar la convergencia en sus filas de las incompetencias individuales más manifiestas, la inevitable ausencia de la crítica –siempre percibida en términos de ataques personales–, y cómo la simple honestidad «científica» se convirtió en un bien escaso y preciado. Un patrimonio celosamente custodiado por el puño de «grandes» que labraron de manera individual sus propias trayectorias intelectuales y, con todas las cautelas del mundo, lanzaron algunas llamadas a la modernización de la historia. Hija del 18 de julio, el propio arranque de la refundada profesión demuestra la alianza establecida con la política y la ideología del régimen. Sólo así se entiende el notable poder académico que pudo disfrutar y, tras su consolidación institucional en las décadas de 1950 y 1960, la posibilidad que ha tenido de seguir proyectando su larga sombra en no pocos procesos de reproducción interna –hasta los años ochenta– y en fenómenos historiográficos de nuestros días.

Pero no fue todo esto lo peor. Lo grave es que los historiadores del período introdujeron una especie de censura de campo a través de la propia configuración del campo del saber histórico, mediante la autoimposición de una limitada gama de categorías históricas y la aplicación de «valores» ajenos a las especialidades. Por lo cual no hubo originalidad, ni verdad sino en los detalles. Al respecto, una vez más tenemos que recordar que en los treinta y seis primeros años del siglo XX, la historiografía científica española no había gozado del «tiempo intelectual» imprescindible para asimilar las corrientes europeas y elaborar un entramado de categorías con la suficiente densidad teórica y el carácter normativo necesario para aplicar con operatividad al estudio de todas las facetas del pasado nacional. A partir del 1 de abril de 1939, arrastrados por «la marea de ideologismo», el positivismo «esquemático» y la retórica sur-

gida del más rancio y palabreño nacionalismo españolista, los contenidos de la historia nacional se limitaron a «nuestras actuales fronteras políticas»12. Y es que, como bien sabían Tovar y Vicens, Lacarra o Jover, los historiadores se refugiaron en la mitologización del pasado, la ortodoxia de los siglos y el culto al hispanismo. Eran los valores de curso legal que, mezclados con el catolicismo, inhabilitaban cualquier tipo de perspectiva teórica o conceptual que superara los límites dictados por la metodología histórica. Descubrir que quienes produjeron la historia oficial durante tantas décadas, que quienes dominaron la universidad y construyeron una profesión a su medida, estuvieron involucrados en la guerra y en la dictadura franquista es, todavía hoy, una de las preguntas sin resolver de la historiografía española13.

Inercias, irresponsabilidades y prácticas contemporáneas.

A dilucidar alguna de estas cosas nos puede ayudar la bibliografía europea sobre estos temas. Sugerentes y provocadores los títulos publicados nos adentran en el corazón de unas comunidades de historiadores que tienen interiorizada la autocritica como base de la cohesión interna del oficio y la consideran una de sus primeras responsabilidades profesionales. Y precisamente porque en Alemania el estudio del pasado de la profesión no es un «extraño», su caso puede ser paradigmático de los debates que, desde la complejidad de actitudes y contextos, se están sucediendo en Gran Bretaña, Italia o Francia14. Los «nuevos historiadores» alemanes que conciben la responsabilidad no sólo como una reacción derivada de la culpa, sino también como una forma de afirmación de la verdad de la historia como disciplina científica, se han sentido obligados a vincular las investigaciones sobre su más reciente y agitado pasado con el cuestionamiento del papel de los historiadores enviuhos en el nacionalismo. Sin olvidar los más demoledores ataques a las imágenes oficiales construidas por los grandes maestros de la posguerra y los discípulos que les sucedie-


13 Un pequeño grupo de «nuevos historiadores», entre los que destaca Miquel Angel Marín Gelabert (Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004), están trabajando temas relacionados con la profesión durante el franquismo o los catedráticos de historia en la Universidad del período (Carolina Rodríguez). Sin embargo, como un síntoma del retrasito de nuestra historiografía es interesante recordar que, siguiendo la escala del trabajo pionero de Gonzalo Pumamar, estas investigaciones siguen moviendo en el nivel estructural de las instituciones, poderes académicos y análisis de contenidos; adentrándose, apenas en el estudio intencional de aquellos historiadores. Por supuesto, trabajos como el de Francisco Gracia Alano que apuntan en la línea de la responsabilidad, no han generado el mínimo debate entre los profesionales («Arqueología de la memoria. Batallones disciplinarios de soldados-trabajadores y tropas del ejército en las excavaciones de Ampurias (1940-1943)», in C. Moliner, M. Sala y J. Sobrequés (eds.), Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 37-59). Las investigaciones sobre la representación y depuración universitaria de Francisco Moreno Valero o Jaume Claré Miramé, cercanas a la historia social se alejan bastante de la historia de la historiografía. 

ron desde mediados de 1960\(^{15}\). Por el contrario, los historiadores españoles contemporáneos parecen seguir bajo los efectos provocados por la segunda «hora cero» de la memoria profesional surgida de la Transición. Instalados en una especie de negativa a cuestionar la historia de la profesión, en asuntos relativos a la historiografía franquista las posturas están muy decantadas. Existen profesionales cuya acusada alergia a reconocer antecedentes en los historiadores de la dictadura les lleva a rechazar directamente su presencia como parte de una historia de la historia española que consideran de «escaso interés» para sus investigaciones. Y los hay, sin embargo, que mantienen una persistente actitud de «complicidad» con los miembros de la comunidad que les precedieron.

Con la biografía como reina, el artículo de recuerdos como justificación y el homenaje como excusa, esta segunda forma de narrar el pasado de la profesión ha favorecido el desarrollo de un territorio historiográfico alejado de la crítica. Un espacio más sentimental que científico cuyos inevitables matices y perfiles equivocados abarcan desde la «novela familiar» freudiana hasta la evocación agradecida, el ánimo apologético y la simpatía tolerante. Se trata de una literatura de «opiniones» y «primeras impresiones» exculpatorias dedicada a documentar las imágenes preconcebidas de sí mismos y las intachable sociologías de la fama construidas a posteriori por unos historiadores que, como refuerzo de sus olvidos y silencios, se acostumbraron a meter su colaboración con la aplicación de la idea del exilio interior y a excusar su comportamiento con la declaración pública de sus ideologías de «toda la vida»\(^{16}\). Orientaciones políticas e ideológicas que, en la mayoría de los casos, se entroncan con el «espíritu liberal» de un Ortega o con alguna de las versiones más ortodoxas, presentistas y confortables de los distintos nacionalismos hispanos\(^{17}\). De esta manera, mediante la utilización de resortes ajenos a la especialidad historiográfica, pero aplicados sobre ella, esta bibliografía ha consolidado una nueva censura de campo a


\(^{17}\) Manipulación hagiográfica a la que no escapan alguno de los nombres del exilio. Sobre este tema, seguimos
través del control de los recursos necesarios (departamentos, publicaciones periódicas, circuitos editoriales o memorias institucionales). Por descontado no se trata de ninguna operación interpretativa, sino más bien de apropiaciones gratuitas de imágenes biográficas y asociaciones caseras a cánones ideológicamente prefijados. Desde 1990 en adelante, esto ha generado un subgénero pseudo-historiográfico y facilitado el desarrollo de una tendencia singular de nuestras actuales historiografías «oficiales» capaz de provocar todo un conjunto de solidaridades afectivas y la abierta repulsa a las pocas obras que se hacen preguntas sobre las responsabilidades individuales de los autores que adquirieron prominencia en el franquismo18.

A mi juicio, esta situación se explica por el contagio irresponsable de una parte de la profesión con el virus del relativismo intelectual que convalida cualquier relato como relato posible al opinar que cualquier creencia sobre algún tema, o quizás sobre cualquier tema, es tan buena como cualquier otra. Algo epistemológicamente insostenible, pero cuyas mutaciones aleatorias permiten encadenar lo señalado hasta aquí con dos de los fenómenos historiográficos recientes que están distorsionando el desarrollo de la historia y la profesión de historiador entre nosotros. El primero de ellos estaría relacionado con las actitudes de un reducido número de historiadores que, después de 2000, han salido de los armarios académicos donde permanecían discretamente enquistados para aunar los juicios de valor del peor revisionismo19. Legitimadores oficiales de la cuadrilla de los más «duros» y mediáticos «purificadores de la Historia», estos «revisionistas blandos»—viejos historiadores franquistas a los que se han unido algunos jóvenes «neoliberales»— se afanan en caricaturizarse a sí mismos al adoptar la simplificación prejuiciada como arma de la historia. Después de todo, la ampliación impulsada desde los medios y el mercado editorial de un público ansioso por creer estas «verdades» contrapuestas a los «engaños habituales» escritos por los historiadores profesionales, les ha proporcionado la oportunidad de trivializar cuando no de negar la realidad del pasado de la guerra civil y el franquismo, mediante una valoración igualitaria de los acontecimientos y las manifiestas teorías del caos, el desorden y la conspiración sin disponer de un estudio de síntesis que nos muestre su importancia en la creación de «espacios libres» y «alternativos», desde finales de 1950 y, sobre todo, a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta.

18 Como he tenido ocasión de comprobar personalmente tras la aparición del Diccionario Akal de Historiadores (1840-1980), la etiqueta de «franquista», acompañada de su filiación o proximidad a alguna de las distintas familias político-religiosas del régimen, sigue levantando reacciones de todo tipo—desde las más educadas y paternalistas hasta alguna realizada en tono bastante ariado—. Eso sí, casi todos estaban de acuerdo en recordar que los franquistas eran los «otros» y solicitar la condición de «liberales de toda la vida» para sus defendidos.

republicana. Más aún: alumbradas sus polémicas a la luz de términos políticos de un presente que debe ser eterno, los recientes debates sobre el estado y la nación(s) les ha permitido volver a resucitar la idea de cultura nacional en su versión más unívoca e inmutable. Seguramente, desde la añoranza del mito del carácter nacional español y la negación de una historia atenta a la fragilidad del presente y la multiplicidad de los futuros posibles. En perspectiva caballera, sin duda, se trata de un pequeño incendio intelectual que entronca con el más universal e inquietante fenómeno de los revisionismos históricos internacionales y la contraposición global política e ideológica de la derecha a partir de finales de los años noventa, cuya articulación más intensa se ha producido en los Estados Unidos, desde el 11 de septiembre de 2001. Pero vistas las cosas a ras del suelo de nuestra historiografía, uno está tentado a interpretarlo también como un reflejo de las líneas de continuidad mantenidas por la facción más conservadora de la profesión con su pasado más reciente.

En este contexto, tampoco me resista a dejar de pensar en las inercias heredadas del modelo profesional franquista cuando intento comprender el actual panorama de una historiografía condicionada por la creciente politización de la historia y por el apasionado sentimiento de patrimonialización particularista del pasado que ha invadido a la sociedad española contemporánea. Mucho más complejo que el anterior, este segundo fenómeno estaría relacionado, de entrada, con los efectos provocados por la "demanda social" del "expertise sur le passé" surgida desde el espacio político a partir de los años noventa. En la práctica, la creación de un mercado oficioso de la


historia paralelo al universitario ha establecido una zona fronteriza caracterizada por la aparición de un heterogéneo grupo de «historiadores cortesanos». Directamente vinculados con los pensadores de éxito y los intelectuales a la moda, su naturaleza e instintos camaleónicos les han permitido crecer diseminados por la topografía autonómica en una escala cromática que, con todos los matices y reservas, incluye desde autocomplacientes catedráticos universitarios a eruditos locales de muy segundo orden, pasando por antiguos animadores culturales. En sus diferentes versiones —desde la más vulgar a la más refinada y noble— estos expertos del pasado se han asociado a los políticos con derechos de profección y gobierno para convertirse en una especie de «nuevos historiadores oficiales» dedicados a gestionar más que la historia, las distintas «políticas de la memoria identitaria» inventadas por los partidos en el poder. Así, apoyada en los abundantes recursos públicos, la prensa de parroquia y las opiniones de los advenedizos ansiños, la rueda de la fortuna de la historia ha vuelto a girar hasta el espacio donde es comprendida como un simple medio para el adoctrinamiento político. Un «espectáculo» acaramelado para la píldora de la educación política cuyas mejores representaciones se encuentran en el fortalecimiento de los discursos renacionalizadores de la «memoria oficial», el desatado frenésí conmemorativo y, en definitiva, en la paulatina deshistorización de un pasado que, una vez mítificado, amenaza con transformarse en un carnaval de memorias fetichizadas y auténticas religiones civiles.

Recordar a estas alturas del artículo el sentido de la responsabilidad de los primeros «maestros de la historia» ante los mitos y la sacralización del pasado, puede que tuviera mucho de añoranza y bastante más, incluso, de tentación glorificadora de la historiografía de aquel período. Sin embargo, porque sabemos que en la historia nada se constituye únicamente por la simple suma de sus antecedentes y la recatada aceptación de las tradiciones, probablemente mucho mejor que eso sería volver a repasar la larga lista de filósofos, científicos sociales e historiadores empeñados en recordarnos que en la historia de la historia no hay un desarrollo evolutivo de las argumentaciones, sino que es más bien el fruto de una tensión continua, de una sucesión de debates acerca de problemas recurrentes, acerca de conceptos esencial-


mente en conflicto. Si esto es cierto, también es importante observar que «los retornos son cada vez más iguales pero también diversos, porque son modificados por las situaciones nuevas en que se producen». De ese modo, aunque «exhiban elementos comunes y similares, son experiencias cada vez originales y diferentes; es más, son sobre todo las diferencias las que producen significados» 27. A partir de esas premisas y de su corolario más inmediato (la nación y el nacionalismo continúan como un marco de referencia fundamental que determina la politización de la historiografía en la España de 2006), resulta imposible dejar de mencionar las tensiones que en el seno de la profesión está provocando la cuestión nacional. Pero acaso, antes de nada, resulte mucho más difícil renunciar a darle la razón a Edward Hallert Carr cuando decía «estudiar al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos» 28.

Y es que no solamente se trata de ver la naturaleza cognitiva de los estudios históricos (problemas de orientación, perspectivas históricas, métodos, formas historiográficas y funciones de la historiografía), sino también en señalar en qué medida el decenio de 1990 presenció la articulación de un horizonte político-cultural nacionalista que, sin distinción de especialidades y áreas de investigación, comenzó a determinar la vida intelectual y a definir la producción profesional de una parte importante de los historiadores españoles 29. Entender su desarrollo desde entonces es complicado. Primero, porque hay demasiadas preguntas que no son de fácil respuesta acerca del protagonismo de unas generaciones que se implicaron en la disidencia política y los espacios libres de la historiografía antifranquista —digamos la que surge en torno a 1965-75—, o sobre la autoridad moral de quienes, ante las incertidumbres generadas por las sucesivas crisis del conocimiento histórico y los cambios socio-políticos internacionales de finales de 1980, se han visto afectados por distintos síndromes identitarios. Y segundo, porque en los casos más regresivos, este proceso repleto de desengaños intelectuales, dolorosos silencios profesionales e incompatibilidades ideológicas sobrevenidas, amenaza con romper la lógica de la unidad y homogeneidad de la profesión.

Los síntomas son claros, si bien se mira. Por un lado, al confundir el irrenunciable aspecto militante ligado a la función social de la ciencia histórica y el compromiso intelectual con que el historiador debe ponerse al servicio de la «verdad» (entiéndase «veracidad», «distanciamiento científico», y/o «integridad») con las obtusas historiografías de partido que combinan explícitamente el compromiso histórico con el activismo político. Alimentados por el convencimiento de ser la vanguardia de las «naciones», estos revisionismos partisanes se vinculan a la realización de ciertas ideas «esenciales» y respecto al cumplimiento de las cuales la investigación histórica se convierte en arma y una bandera reivindicativa de unas identidades estáticas. Por otro y por razones similares, al transformar lo que debían ser tendencias y querellas historiográficas en confrontaciones de bandos y polémicas políticas entre los historiadores nacionalistas y los «otros». Confortable y casera delimitación utilizada para alinear en el costado de enfrente a los que se reconocen como «distintos»: los autóctonos que no necesitan demostrar su pertenencia o identidad y los historiadores foráneos del resto del Estado —especialmente, «alguns historiadors nacionalistes espanyols enragés»—. Y viceversa. De hecho, tratándose de un pecado mayor y una tentación difícil de evitar para casi todos —comprendidos los descreídos y los desencantados de la nación—, también parece claro que las miradas en el «espejo de alteridad» desde este lado, pudieran tener algo de reflejo inquisitorial y mucho de torpez acomodaticia ante el esfuerzo que significa, junto al replanteamiento de los conceptos de cultura e historia nacional, modificar el canon fosilizado de la historiografía española —y por ende de «nuestra» idea de España—.

La responsabilidad en el presente.

Al final, porque «ausente no quiere decir inexistente» y porque hoy tenemos muchos nacionalistas, troquelados en los más variados moldes ideológicos del(os) nacionalismo(s) estatal y autonómico, éste primer decenio del siglo XXI podrá ser un buen momento para que los historiadores españoles volviéramos a mirar hacia la historia a través de los valores de la profesión. Por descontado, para criticar las manipulaciones políticas del pasado desde la convicción colectiva de que, en el presente,

30 Desprestigiado definitivamente el tradicional concepto de «objetividad», las ideas planteadas por Norbert Elias (1983), acerca de que la objetividad del trabajo científico está sometida a una disciplina colectiva (Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento. Barcelona, Península, 2002), han impulsado la aparición de una nueva concepción de la «objetividad» que pone el acento en los procesos de «distanciamiento» vinculados a las prácticas de la investigación y no sobre el objeto de la historia. De ese modo, Gérard Neirin, señala que «Le meilleur critère pour apprécier le degré d’objectivité atteint par une discipline scientifique, c’est donc de mesurer l’intensité des pratiques collectives qui lient les membres du groupe» (Introduction à la socio-histoire, Paris, Éditions La Découverte, 2006, p. 105).


de todos los posibles «usos públicos de la historia» el «político es el más determinante, pues permea todos los demás y, en sus formas extremas, es el que degrada a la historia, transformándola en una historia meramente instrumental, sin más razón que su utilidad para ser usada»33. Pero sobre todo, porque la historia puede ser redimida de ese empleo instrumental, a condición de recuperar la extraordinaria complejidad del pasado mediante la asimilación crítica de las responsabilidades basadas en la «autocompresión» (Selbstverständnis) del historiador34.

En tal sentido, la reflexión sobre este tema no sólo se refiere a la actualidad inmediata; tiene un significado y un ámbito bastante más vasto, más allá de nuestro tiempo y nuestro país, e induce a preguntarse sobre el objetivo de los historiadores profesionales por superar la naturaleza ideológicamente maleable del pasado. Y de entrada, la respuesta no deja de ser inquietante, pues, como ha señalado recientemente Michael Bentley, la ideología es algo inherente al trabajo del historiador: «All ages are ideological whether they admit it or not, all historians are political whether they feel committed or not, all cultural environments fashion their participants whether they know it or not». Pero más podría serlo, si el reconocimiento de esta realidad que atraviesa por completo como una especie de obsesión recurrente la historia de la historia en los cien últimos años, nos hiciera olvidar que, de ninguna manera, el historiador es un político. Como profesión de «neutralidad» ideológica, parece claro que no podemos hablar de un tiempo en que se perdió la inocencia, porque quizás la historiografía nunca la tuvo, ni los historiadores han sido jamás seres candorosos o simplemente inocentes. En cambio, como profesión de ética social, resulta difícil desmentir que escribir contra el «ideologismo» profundizó la modernización del discurso histórico eliminando prejuicios al elevar el tono de la argumentación histórica y asegurar la hegemonía de los hechos sobre la ideología. Y también, que el incremento de la politización en la academia siempre ha supuesto una amenaza para la «autocompreensión» de los historiadores profesionales («modernizantes»), al impedir a menudo la crítica interna y promover la desconfianza y el descrédito de su trabajo35.

En la perspectiva doméstica de lo que está ocurriendo delante de nosotros, ser responsables será una forma de aludir al compromiso que supone afrontar la experiencia de la diversidad político-cultural de la nación con la ética de la historia. Lo que


quiere decir, por modo afirmativo, que es necesario reconciliar la conceptualización de lo nacional, la comprensión de los procesos de nacionalización española y la revisión de los particularismos identitarios de los nacionalismos hispánicos con los principios de la racionalización metodológica del saber y el conocimiento alcanzados por la disciplina histórica. Después de todo, el problema fundamental de la «elaboración del pasado» (Aufarbeitung der Vergangenheit) nos remite directamente al nivel de la reflexión autocrítica de una profesión cuyo desarrollo se fortalece o debilita de acuerdo a los impulsos motores que le transmite la noción de responsabilidad.

En efecto, embarcados los historiadores internacionales en una especie de «patología de la historia» desde mediados de los años ochenta, las polémicas desarrolladas en la siguiente década sobre el significado de la historia y la naturaleza de sus «crisis», les indujeron a preguntarse acerca de la profesión y sobre sus funciones en el mundo contemporáneo. Las respuestas no se hicieron esperar por parte de un oficio que, además de negarse a cumplimentar las «exequias prematuras» de la historia y la hegemonía doctrinaria de la «civilización occidental», invocaron la cuestión de la responsabilidad social como una defensa y una opción para repensar de raíz los significados a los que el concepto hacía referencia. Con oportunidad, las colaboraciones reunidas por François Bédarida en el número monográfico de la revista Diogène y en el pequeño libro, The Social Responsibility of the Historian, intentaron determinar cuáles entre sus sentidos seguían vivos y continuaban teniendo validez. Con el cambio de siglo, la nueva coyuntura historiográfica marcada por los «usos políticos de la historia», las crisis de las «memorias nacionales» y las dislocaciones provocadas por el ir y venir entre identidad y alteridad en el contexto de la temida y mal definida globalización, impulsaron la celebración del congreso «Social Values and the Responsibilities of the Historian» e hicieron proponer a François Hartog y Jacques Revel, como uno de los grandes temas para el XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Oslo, los «Usages et abus de l’Histoire et responsabilité présente et passée de l’historien».


Un tiempo después, un dossier de History and Theory, y poco antes, el espléndido libro de Olivier Dumoulin, Le rôle social de l'historien, volvían con las mejores armas historiográficas sobre el problema del papel social, la cuestión de los juicios morales y el impacto de la ética en el trabajo de los historiadores.

A la vista de todo esto, llamar la atención de los profesionales españoles sobre el tema de «La(s) responsabilidad(es) del historiador», no me parece en absoluto una ambición obvia. Antes bien, se trataría de ampliar el foco de nuestra atención, de llevarlo al plano superior del pensamiento histórico contemporáneo, e insertar la cuestión en el debate general de las ciencias sociales centrado en las «consecuencias de las acciones» a largo plazo y bastante menos en el tema de los principios y las convicciones. El propósito de apuntar la conexión entre los problemas de la teoría y la práctica histórica de la responsabilidad (estructuralmente intersubjetiva por las interpelaciones ante quién o en nombre de qué, que siempre le acompañan, exigen respuesta y determinan las acciones) es la fuerza de unidad de los seis artículos reunidos en el presente dossier.

En primera instancia, Jörn Rüsen, considerado el padre de uno de los dos paradigmas por los que avanza la historiografía contemporánea, nos introduce en el mundo de la razón teórica de la historia mediante el análisis de la dicotomía responsabilidad/irresponsabilidad como elemento constitutivo del trabajo del historiador. En sus páginas, plantea la existencia de tres dimensiones de la responsabilidad histórica, señalando su relación fundamental con la intersubjetividad temporal y afirmando, al final, la importancia de los valores de la interpretación «metódica» de la historia. Peter Mandler, autor del segundo de los artículos, parte de su experiencia autobiográfica en el universo académico anglosajón para definir el concepto y alrededor del mismo indicar a los historiadores, tanto las responsabilidades que no deberían reclamar en la sociedad contemporánea como aquellas que les corresponden legítimamente y deben defender ante las intromisiones del presente y los usos políticos de la historia. El trabajo siguiente, obra de Francisco Javier Caspístegui, intenta explicar...
las paradojas a las que se enfrenta la historia y el oficio de historiador, explorando en la genealogía los signos de la profesión y en una actualidad marcada por la presencia judicial y la turbia «memorialización» de la historia. Después de analizar diferentes propuestas que abordan el componente ético de la disciplina y la responsabilidad del historiador, la conclusión tiene forma de pregunta, que Caspistegui formula en estos términos: ¿qué hacer con los historiadores hoy?

Algunas contestaciones laten en la segunda parte de este monográfico donde se presenta la otra cara de la misma moneda: la razón práctica de la responsabilidad al hacer la historia. Escrito por Jean François Chanet, el cuarto de los artículos aborda desde el presente los efectos de la «crisis de identidad» de la nación francesa y el cuestionamiento de las responsabilidades que pueden corresponder a los historiadores para remontarse hacia atrás en el tiempo, antes de proponer una hipótesis de trabajo final: la realización de un nuevo *combat pour l’histoire*. Este recorrido implica una comparación con el pasado (la confianza nacional y disciplinar de los historiadores de la Tercera República frente a la «crisis del régimen moderno de historicidad», las incertidumbres epistemológicas y las polémicas actuales sobre la historia nacional) y comporta unas premisas que al mismo tiempo delimitan el campo de estudio de la historia y la actividad científica del historiador (en los terrenos de la enseñanza, la justicia y la memoria). A la renovada *questione nazionale* está dedicada la colaboración de Raffaele Romanelli. Lo que le importa al profesor florentino es resaltar los distintos aspectos y diferentes sentidos que presenta el problema en tres tiempos históricos seleccionados. Este acercamiento discontinuo le permite elegir situaciones y ejemplos representativos, destacando el papel desempeñado por los historiadores en la creación de los «cánones» nacionales (desde el primer *Risorgimento* hasta la *Resistenza* y la «guerra civile»). Situando como eje central de su análisis el conflicto histórico surgido de la confusión entre la política de nacionalización y la modernización fragmentaria de las «dos Italias», Romanelli concluye señalando el nuevo significado político que ha adquirido el revisionismo en la actualización del debate sobre la *identità italiana*. Por último, desde la perspectiva de la historia de la historiografía, Miquel A. Marín se centra en el franquismo, uno de los momentos de la historia contemporánea nacional que se inventó una mitología propia. Planteado el estudio como una reflexión teórica sobre el mito, vale la pena observar, en todo caso, cómo a lo largo del trabajo subyace la reclamación histórica de la responsabilidad a los historiadores que participaron en la reconfiguración de la disciplina histórica y la mitologización del pasado, contaminados por el objetivo político de promover una idea de España ontologizada y una visión de la *identidad colectiva* estática, atemporal y monológica (que suele ser la preferida de los patriotas). Como arriba se indica, no parece que el tema ande agotado entre nosotros y en el proyecto inicial de dossier figuraban otros artículos sobre «mitología e historia» que al final no se concretaron.

---


*Aceroes* 1, 2006, pp. 9-26
Creo oportuno concluir subrayando que la responsabilidad como producto de las convicciones generadas por la espiral histórica de la profesión, otorga a los historiadores profesionales una peculiaridad única e irrepetible, que hace muy necesario su conocimiento. No como una herencia muerta que nos pertenece sin mérito, imposibilita por el espesor de la tradición, sino como algo que nos atañe de manera directa por tratarse de una exigencia que el trasfondo problemático y diferente de las sociedades contemporáneas ha traído hasta nosotros. En este sentido, el retorno de la responsabilidad ha constituido un territorio para la redefinición y la discusión teórica acerca del trabajo del historiador. Un espacio para el debate que nos permita entender los elementos éticos de una actividad intelectual y al mismo tiempo social que, navegando entre el Escila y el Caribdis, entre las tentaciones del presente y las esclerosis múltiples de las doctrinas, debemos reconquistar y pensar cada día como un estímulo y un proyecto de futuro.

Para acabar quiero agradecer a los profesores de la Universidad de Salamanca, Manuel Redero y María Dolores de la Calle, la confianza que tuvieron conmigo al encargarme la formación de este dossier con el que inicia su andadura Alcores. Revista de Historia Contemporánea. Con la segunda he contraído una deuda especial pues, además de aceptar mis sugerencias, hizo la idea suya y la ha mantenido, a lo largo de los meses, hasta conseguir llevarla a la práctica. Mencionar a Jörn Rüsen, Peter Mandler, Jean-François Chanet, Rafaelle Romanelli, Francisco Javier Caspistegui y Miquel A. Marín Gelabert, es para mí un honor inestimable. A todos ellos, desde los especialistas más renombrados hasta los más jóvenes, que aceptaron colaborar de manera inmediata y se comprometieron con el proyecto, mi más profundo agradecimiento. Reconocimiento que hago extensivo a Mercedes Yusta, José Luis Ledesma y Pedro Royo por poner a mi disposición su escaso tiempo para encargarse de traducir los textos. Y por extensión agradezco a Fermín Carnero, director de la Fundación 27 de Marzo que edita la revista, y a todos los que han participado en la producción de la misma.

Palma de Mallorca, 20 de mayo de 2006.